

Pero no podemos perder la  
esperanza, seguimos caminando  
desde nuestros pequeños o  
grandes espacios, junto a  
quienes anhelan un país en  
paz con justicia social  
donde "la primavera no  
sea asesinada."



# Elizabeth Belalcazar

A la mayoría de quienes vivimos en este país, el conflicto nos ha pasado cerca de una u otra manera. Creo que percibi su olor cuando, de niña, escuchaba las historias de mi madre y mi padre, narrando como en Pajonales Tolima, debieron pasar noches enteras bajo la cama, por allá en los años 50, ante el temor de que llegaran los "chulavitas" a cometer barbaridades. También se palpaba el conflicto cuando en el ingenio azucarero donde trabajó mi padre toda su vida, se notaba una marcada diferencia de clases; evidenciada por los sectores que habitábamos y los tipos de vivienda que nos asignaban. Y estaba ahí, en los grandes ojos negros de ese niño, apenas vestido con harapos, que llegaba muchas veces a nuestra casa en Palmira, llevando un tarrito plástico, para que le pusiéramos allí algún bocado de comida.

Para entonces, en mis juegos infantiles, Fanny era mi pequeña muñeca de plástico, la heroína a través de la cual impartía justicia frente a las inequidades que encontraba. Pude intuir que en los cañaduzales del ingenio, los corteros se asoleaban todo el día cortando caña; pero a pesar de su duro trabajo, continuaban viviendo muy pobremente. De esta manera,

el conflicto cotidiano, el de la caña, el de la escuela con maestra de regla en mano, el de la plaza de mercado con los gamines buscando manjares en la basura, fueron forjando en mí una profunda sensibilidad social.

A mis 14 años descubrí a Pablo Neruda y el papel de los poetas en la resistencia durante la guerra civil española. Este evento me llenó por completo de poesía y rebeldía. Miguel Hernández, García Lorca, Alberti; todos ellos bailaban en mi mente bullendo por la justicia social.

Vinieron entonces los "grupos de estudio", buscando respuestas a la sinrazón de un sistema déspota e inequitativo.

Entonces, se apoderó de mí una permanente ansiedad por hacer algo extraordinario que cambiara el mundo, o por lo menos, este país. Ingreso a la universidad pública y, con ello, a las asambleas estudiantiles, el consejo estudiantil, la FEUV, los enfrentamientos con la policía en las protestas contra los permanentes recortes al presupuesto de la universidad y su camino a la privatización; los grandes debates en residencias estudiantiles en donde permanentemente "arreglábamos el mundo", el apoyo a Villa Laguna, el Paro Cívico Nacional en los barrios del sur de Cali, el allanamiento y cierre de residencias universitarias; situaciones que asestaron un duro golpe al movimiento estudiantil, el asesinato de Hernán Ávila y de otros estudiantes en la Universidad.

Pero el momento decisivo en mi vida lo constituye, en el segundo semestre de mis estudios, la decisión de pertenecer al M19 como una opción para cumplir ese sueño de que en este país la vida de las personas fuera digna. Para que no murieran los niños de hambre, para que los campesinos tuvieran tierra, para que la educación fuera gratuita para todas y todos, para que el imperio no viniera a saquear nuestros recursos.. En fin, todo

un abanico de situaciones que añoraba cambiar en este país, y para lo cual mi decisión debía ser vincularme a un movimiento político militar, ya que aquí, todo el que opinaba diferente era apresado, asesinado o desaparecido.

Eran los años 80, se acababa de dar la toma de la Embajada de la República Dominicana en Bogotá por parte de un comando del M19. Ese hecho, en definitiva, fortaleció mi decisión. Vino entonces mi militancia, la que asumí con pasión, y al cabo de dos años largos, fui detenida junto a otros compañeros. Nos pasaron por dos batallones militares (en mi caso por tres). Fuimos torturados, estuvimos desaparecidos por tres días; rendimos indagatoria ante la justicia penal militar y fuimos enviados a prisión. Se dio entonces el proceso de amnistía y salimos en libertad. En esta situación, uno de mis compañeros perdió un ojo debido a la negligencia del INPEC y los entes respectivos que nunca le posibilitaron atención médica.

Estábamos en medio del conflicto haciendo parte de él, y esas eran las consecuencias frente al régimen. Al aceptar la militancia, sabíamos que podíamos ser detenidos, torturados, desaparecidos o asesinados. Después de un tiempo debí clandestinizarme por completo y alejarme de mi familia, y de mis estudios. En esos años, pensar en mis viejos, en la familia, escucharlos de vez en cuando, la solidaridad y el calor de la gente que nos cuidaba, los pequeños o grandes triunfos, el colectivo, la certeza de que lo que hacíamos valía la pena por construir un país en paz y con justicia social, nos mantenía con energía, con alegría, con decisión pese a las dificultades, pese a quienes se quedaban en el camino, o ingresaban al camino de la niebla.

Éramos jóvenes y queríamos hacer la revolución... La imagen de Nicaragua con los sandinistas entrando a Managua o Fidel en Cuba libre era un sueño que trasladábamos a Colombia.

Muchas cosas sucedieron. Roselia, mi amiga de infancia y adolescencia, compañera de militancia, cae en un operativo, quedando huérfana su niña, de apenas 1 añito de edad. Para entonces ya habían desaparecido a Leonel, a la negra Doris en Cali y a Jaime Bermeo en Bogotá. Había muerto Jacobo, el negro cucarrón, y tantos más. Viene el Palacio de Justicia y allí se quedan tantas vidas. Recuerdo caminar como sonámbula con un radio en la oreja por las calles de Cali. Dos años después, vuelvo a caer presa, esta vez por más de tres años.

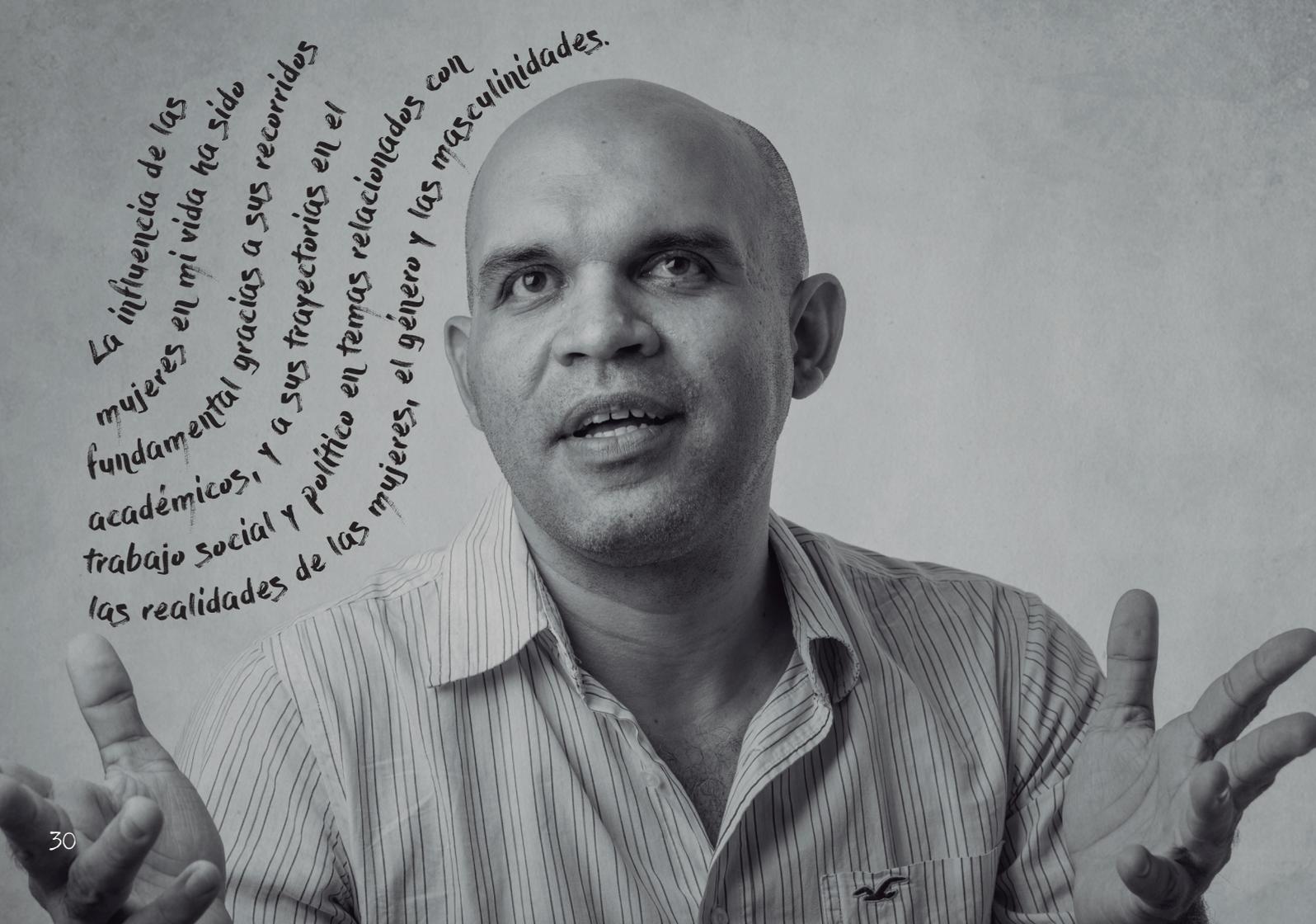
La estadía en la cárcel fue un gran aprendizaje. Lograr que nos concentraran en un solo patio y mantenernos como colectiva de presas políticas, fue uno de nuestros logros. Conformar y fortalecer los comités al interior de la prisión para vivir allí en condiciones más dignas para todas las detenidas fue tarea permanente. Mantener la alegría por encima de los muros y las rejas era nuestra consigna. Mantener la comunicación con las otras cárceles, no dejarnos doblegar, sacarle provecho a cada pequeño avance. Romper las cadenas, salirse de la celda, volar... abrazar a las que llegan, a las que se van, desearles toda la suerte del mundo, seguir viviendo, darle fuerza a tu familia, no dejarte quebrantar... Estábamos ahí por amor a la vida, por soñar un país, una tierra donde todos y todas tuviéramos la oportunidad de ser felices. Escribir cartas a la familia, a las amigas, a los compañeros y compañeras, levantarse contra lo injusto, elaborar el periódico, hacer teatro, pasar las cartas a través de la guardia, burlarse de las requisas... Todo ello se

constituyó en herramientas para resistir, para mantenernos de pie, para levantarnos y continuar.

El inicio de diálogos entre el gobierno de Santos y las FARC-EP en el 2012 me llena de optimismo y esperanza y, como parte de la Red Nacional de Mujeres Insurgentes apoyamos estas conversaciones, nos encontramos con compañeras de las FARC que habían salido de prisión, y empezamos un caminar. Varias compañeras llegaron a La Habana para compartir nuestra experiencia tras los Acuerdos de los años 90 y evitar que se repitieran errores, así mismo garantizar junto a los movimientos de mujeres en el país la presencia en la mesa de las guerrilleras de las FARC.

Somos sujetas políticas, es nuestra esencia y razón de vivir. Hoy la incertidumbre es grande, debido a los permanentes incumplimientos en torno a lo firmado, a los continuos asesinatos de líderes y lideresas que siguen impunes.

Pero no podemos perder la esperanza, seguimos caminando desde nuestros pequeños o grandes espacios, junto a quienes anhelan un país en paz con justicia social donde "la primavera no sea asesinada".



La influencia de las mujeres en mi vida ha sido fundamental gracias a sus recorridos académicos, y a sus trayectorias en el trabajo social y político en temas relacionados con las realidades de las mujeres, el género y las masculinidades.

# Gustavo Adolfo Calle

Mi nombre es Gustavo Adolfo Calle. Mi madre se llama Virgelina. Mi padre Gustavo. Tengo una hermana, Claudia Fernanda y dos sobrinas: Alejandra y Valeria. La primera es madre de una niña de nombre Luciana. Mi esposa se llama Lennith y mi hija Juliana; con ellas construyo camino de vida.

Hoy soy educador y promotor de la no violencia y la equidad de género. Soy trabajador comunitario, antimilitarista, antirracista y activista. Soy formador e investigador de masculinidades, cercano y solidario con las causas de las mujeres, de las comunidades étnicas, de los trabajadores y trabajadoras, y las comunidades lgbt. Por cosas de la vida estudié economía, con alma de trabajador social y educador popular. Me asumo afro o negro y con una fuerte identidad en lo popular.

He vivido el conflicto desde antes de nacer. Mi padre huyó de la violencia de Trujillo, mi madre hizo parte de una familia liberal que corrió de un lado para el otro tumbando monte y haciendo vida en fincas entre el Quindío, el Valle, y el Tolima; huyendo del conflicto y la miseria. Los dos, mi madre y mi padre, son parte del legado que ha dejado la guerra y su expresión en las violencias de la década de los cincuenta.

La influencia de las mujeres en mi vida ha sido fundamental gracias a sus recorridos académicos, y a sus trayectorias en el trabajo social y político en temas relacionados con las realidades de las mujeres, el género y las masculinidades

Así como desde la dimensión afectiva. Haber vivido momentos de ardor político en la izquierda urbana caleña desde el movimiento y la organización juvenil, me llevó a construir un primer trayecto que me conectó con realidades de poblaciones; especialmente urbanas, sumidas en la pobreza y víctimas de injusticia y violencia estatal.

Haber tenido el acercamiento con realidades de ciertos grupos poblacionales como jóvenes y población víctima del conflicto armado, me permitió vincularme a distintos procesos organizativos e institucionales en el distrito de Aguablanca y de ladera. Desde estos lugares pude establecer relaciones de trabajo comunitario con organizaciones que venían luchando por la restitución de sus derechos, y por el desarrollo de alternativas autogestionarias en lo social y en lo económico.

Llego a Taller Abierto y acompaño diversos procesos de organización social y económica de las mujeres en situación

de desplazamiento, de sectores populares y trabajadoras domésticas. La experiencia con Taller Abierto significó hacer parte de todo un proceso formativo en género y la incursión en el tema de las masculinidades. Años después estaríamos implementando la promotoría de masculinidades no violentas, al lado de mi maestro Willy. Muchos de los hombres que participaron integraban los procesos junto con las mujeres, otros venían de otras dinámicas sociales y comunitarias. Hombres en situación de desplazamiento, de sectores populares, de comunidades indígenas y afros del suroccidente colombiano, pasaron por espacios de sensibilización y por procesos formativos, buscando que se repensaran sus masculinidades hacia alternativas de ser hombres desde la no violencia, la equidad y el autocuidado. Con el tiempo me formé como promotor de masculinidades no violentas y equitativas.

Simultáneamente hice parte como activista de experiencias como el Colectivo Antimilitarista, de Objeción de Conciencia Objetarte y del colectivo de hombres por la no violencia hacia las mujeres, llamado El Lazo Blanco de Cali. Estos marcaron de forma determinante el camino en la búsqueda por la construcción de una sociedad no violenta y equitativa en todos los ámbitos de mi vida.

Actualmente, hacer parte activa de la construcción y desarrollo del Círculo de Hombres de Cali tiene relación con el camino en el que vengo como militante, activista social y profesional. Pero fundamentalmente, ser parte de este colectivo es producto de los cambios en los que transito a nivel personal; es decir, como hombre y ser humano.

Es a partir de lo vivido en los procesos que involucran mi realidad emocional, la construcción de relaciones afectivas, las crisis personales, el trabajo social y político, y los espacios formativos en los que he participado, que he cuestionado mi posición o lugar en el mundo en todos los ámbitos de mi vida.

Para resistir y re-existir como defensor de derechos humanos, lo personal es fundamental en este camino. Es justamente desde ahí, que he venido caminando, construyendo el mundo desde lo humano y como humano en las relaciones que he tejido, con todo y las transformaciones permanentes en las que me encuentro.

Hoy creo en el nuevo país que nos propone la paz, que aunque no resuelve los problemas fundamentales, nos invita a encontrarnos en la palabra, en el disenso, en el hecho simbólico y en la movilización, desde la esperanza y por un país justo.

Este proceso requiere la transformación de los hombres, tal como las mujeres se vienen transformando desde hace mucho

tiempo. Por mucho tiempo ha imperado el hombre guerrero, no solo en nuestro conflicto armado; sino también en las relaciones afectivas, en el trabajo e incluso en las causas más nobles. Todo esto en detrimento de las vidas de las mujeres, de los mismos hombres y de quienes no se ubican en dichas categorías.

Ha llegado la hora de transformarnos, de ser ese hombre que al lado de las compañeras y compañeros de camino afectivo, social, político o laboral, no por delante ni por encima, continúe regando semillas de justicia en todos los ámbitos de la vida

En una nación que está ávida por vivirla en todos sus rincones y en todas las personas, sin distinción.



# Pilar Restrepo

Queridas compañeras,

Voy a tratar de escribir esta carta para contarles acerca de mi vida y el conflicto. No es fácil hacerlo, de por sí es un conflicto, pero se resuelve.

Reconozco el conflicto desde niña. Mi primer conflicto, ha sido el de ser mujer en medio de tantos hombres, y el de verme obligada a comportarme diferente, además de no poder hacer lo mismo que los hombres hacían. En ese conflicto personal, nació mi arrojo por querer ser igual o mejor que mis hermanos en las pruebas de fuerza, inteligencia y astucia que nos colocaba la vida.

Cuando entré al Kinder, niños y niñas me tenían miedo por mis actitudes. Después, en el colegio de monjas, mis compañeras me tildaron de marimacho. Sin embargo, lo que sí sabía en ese entonces, era lo difícil que me quedaba comportarme de otra manera, ya que en mí habitaba una fuerza que me identificaba, y con la cual, me sentía bien. Pero de otro lado, esto causaba sentimientos de pena porque era castigada más que las otras niñas. Es así como empecé a sentirme señalada y discriminada.

Luego, el conflicto personal se evidenció de otra manera. Es en este momento donde tengo el primer impulso de actuar por la causa de las mujeres, por el tema de sus derechos, de la pobreza,

la sumisión a la que eran sometidas, la discriminación, y el analfabetismo; todas estas realidades aunadas a mujeres negras, indígenas, y mestizas. Esas mujeres, que trabajaban en las tareas denominadas "domésticas", por las cuales tomé partido desde niña en contra de mi madre, abuela, tías y familia entera.

Desde entonces, se configuró en mi percepción el mundo de las "señoras": un mundo de mujeres explotadoras, discriminadoras, holgazanas, clasistas, y machistas. Del otro lado, estaban las mujeres humildes, las trabajadoras, las cuidadoras de corazón, con todo su amor incondicional por los hijos e hijas de la patrona.

En este paisaje de mujeres dominadas y que dominan, está una mujer muy especial en mi vida y en las de mis hermanos y hermanas. Ella es Dominga. "Nuestra" Dominga, (no en el sentido de propiedad, sino de identificación) era una indígena Embera Katio, que llegó a mi casa con solo 16 años, huyendo de la violencia de Riosucio y buscando mejores condiciones y murió sin nada a sus 70 años, después de trabajar toda la vida, sin más hijos que yo y mis doce hermanos. Dominga me enseñó la lucha por la justicia, la verdad, el amor y la compasión por los desposeídos del mundo. Hoy donde quiera que estés, Dominga, te doy las gracias por tu sabiduría, y porque siempre nos ofreciste tus abrazos y consolaste nuestro llanto.

De este modo, el conflicto del país fue tomando forma en mi consciencia. Y les cuento que tiene una huella que resuena en el fondo de mis oídos. Esta consciencia se hizo desde la niñez cuando escuchaba las miles de historias de la violencia: de hombres a quienes les cortaban la cabeza, sus lenguas se las colocaban a manera de corbatas, y las colgaban en los cafetales. Puedo decir, que el conflicto ha estado anclado en mis ojos desde que jugaba con vecinitos los, niños y niñas sin brazos o sin una pierna para correr, porque habían sufrido la crueldad de la violencia en el campo.

Cuando crecí, y me hice mayor el conflicto se volvió a agazapar en mis carnes con un dolor más complejo y profundo. El narco-paramilitarismo asesino se llevó a tres de mis hermanos de la finca, sin un por qué. Desaparecidos por tres meses, mis hermanos fueron encontrados

junto a tres osamentas más. Lo que se encontró fueron huesos perdidos, abandonados en una montaña baldía, a medio incinerar para borrar cualquier rastro. Esta vez, los señores de la guerra habían actuado contra los míos. Mi familia y yo lloramos a los nuestros, los reclamamos, pero la justicia nunca llegó.

Siempre me sentí sobresaltada por los conflictos y quizás por eso elegí ser actriz. Esto me ha permitido luchar, resistir y re-existir. Ser actriz de teatro me concede la gracia de crear, de imaginar. Me proporciona distanciamiento, la posibilidad de no ser yo enteramente, y ser muchos personajes. El teatro me permite hablar de los conflictos, de la violencia, de los violentos que causan tanto miedo y tanto dolor al mundo. Pero también el teatro deja representar, revelar, denunciar con diferentes lenguajes y en forma directa. Por eso hago parte de un colectivo de mujeres comprometido con las causas de las mujeres y con la memoria de este país.

No creo que la violencia que han generado los conflictos termine con los acuerdos de paz firmados. Hay muchas personas que en este país viven de la guerra y tienen intereses muy altos en mantenerla. Sin embargo, es muy importante que se haya demostrado, que las causas del conflicto son la inequidad y la injusticia. Tengo la esperanza de que sepamos defender este proceso como sociedad. Ahora, tenemos la posibilidad de salir de la inercia, de la indolencia, y también tenemos la posibilidad de voltear la página de la ignominia de la política de este país.

Y pese a mis reservas con la paz, este nuevo escenario me otorga más fuerza para no bajar la guardia y seguir en defensa de las mujeres y de nuevas propuestas que generen cambios para una vida más digna para todos y todas. Y rendir homenaje a todos aquellos por los que hemos llorado, a las miles de personas que han caído por la defensa y la resistencia. También a los que han muerto inocentemente, para que por fin se les dé la razón de tanta sangre.